

† *Dr. J. Lasso de la Vega*

Enrique OTÓN SOBRINO

Llegó, como de improviso, la muerte, pero eso fue para nosotros, no para él. Desde hacía algún tiempo la esperaba y sus palabras se teñían de súbito de despedida. Sin herida, serenamente contemplaba su destino y lo vivía hasta el fondo de su amargura, como si esta circunstancia suya fuera su última lección. No lo ocultaba tampoco su mirada penetrante y penetrada de los profundos sentidos que iluminan la suprema decisión. Sus ojos se habían fatigado de su incansable leer. En la soledad de sus horas, en el retiro de su ser, en su casa interior el silencio maduraba para convertirse en la palabra profunda que confiaba luego a los que le escuchaban. Y en esta su palabra había la sabiduría antigua y la de ahora: aquélla venía de la lejanía para encontrarse con ésta, la remota angustia con la de hoy. Ambos temblores se fundían en su alma y, de esta forma, la palabra del Dr. Lasso de la Vega, al igual que su corazón siempre, se convertía en albergue, en reposo, en invitación. Él enseñaba sobre todo a comprender, a entrañar. Su intuición, rica de conocimientos, le hacía ahondar hasta lo más hondo del decir y el querer decir de los Griegos. Él siempre en el borde nos enseñó que detrás de cada palabra, detrás de su apariencia, de su forma, de su función, latía, heredada ahora por nosotros la singularidad de quien la pronunció y escribió y era esta irrevocabilidad la que iluminaba su gramática y no al revés. Nos enseñó a aprender y a aprendernos, nos enseñó a escuchar y a madurar en el silencio, haciendo nuestras las incertidumbres y la aprehensión siempre fugitiva de la verdad de los antiguos. Su silencio, su aparente lejanía, fueron el ámbito de su acoger. A todos nos entregaba su vida, hecha ya jirones al final, podido de enfermedad y desilusión. Y a nadie jamás regateó su saber sosegado por tanto dolor. Sereno, confiado en el cumplimiento del deber, siempre habitante de una

soledad nunca solitaria, se fue junto al Dios en El que tanto creyó. Y ahora, enjugadas las lágrimas, siempre ya al lado de los seres amados, comparte con sus queridos Platón, Píndaro y Sófocles en las praderas verdes del cielo la palabra que no sabe de la despedida.